

Núm. 28.—Diciembre de 1852.

AÑO 2.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS ETC.

Fundado en 1.º de Noviembre de 1851.



REDACCION,

CONCEPCION GERÓNIMA, NÚM. 1, LITOGRAFÍA DE CASTELLÓ

Madrid.

AVISO IMPORTANTE.

Son infinitas las reclamaciones que se nos dirigen por estravio de números de nuestro periódico.

Hemos dicho varias veces, y repetimos ahora, que cuanto humanamente es posible hacer, hemos hecho para evitar á nuestras apreciables suscriptoras este disgusto.

Podemos asegurar que servimos todas las suscripciones con el mayor cuidado; pero una vez entregado el periódico en las oficinas del correo central ya no podemos salir garantes de lo que ocurra.

Nuestras suscriptoras comprenderán que no está en nuestra mano evitar estos abusos que tantos perjuicios y gastos nos ocasionan, teniendo que servir muchas suscripciones dos veces, y algunas hasta tres y cuatro.

REGALO.

Nuestras apreciables suscriptoras recibirán con el primer número del mes de enero viniente 11 preciosos abecedarios para marcar toda clase de objetos. Nos prometemos que este corto obsequio lo recibirán como una prueba de nuestro agradecimiento y deseo de complacerlas.

Madrid 1852--Imprenta de el Correo de la Moda,
á cargo de Agustin P. Vega, calle Sin Puertas núm. 1.

EL



CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

Biografia de Madama Maintenon.

(Conclusion.)

Llena de cariño y de abnegacion prodigaba á sus discípulos los cuidados de una verdadera madre, con lo cual se grangeaba los favores y agradecimiento del monarca. Muy á menudo iba de incógnito á Vaugirard, donde habitaba Madama Scarron con sus discípulos: alli podia verla, y admirarla, pues siempre fue digna de admiracion, tanto por el amor que les profesaba, cuanto por lo mucho que se desvivía por su salud. El rey la encontró algunas veces llorando á la cabecera del lecho del duque de Maine, cuya salud inspiraba serios temores.

Un dia, cansada sin embargo de la responsabilidad que pesaba sobre ella, formó el proyecto de retirarse de la corte: consultólo con su director espiritual el abate Gobelín, y con esta idea gastó 200,000

francos en la compra de las tierras de Maintenon, situadas á 14 leguas de París que en 1678 se convirtieron en Marquesado. Poco tiempo despues de la compra de estas posesiones, Luis XIV dirigiéndose públicamente á la viuda del poeta, le dió el nombre de su nuevo dominio: desde entonces, nadie se atrevió á pronunciar el del hombre que habia recomendado el silencio en su epitafio, y su memoria descansó en el olvido, cuando su esposa, obediendo á la voluntad del gran rey, cambió el humilde apellido de Scarron por el de *Marquesa de Maintenon*.

Luis XIV para recompensarla de los cuidados que durante tantos años habia tenido con sus hijos, la hizo segunda azafata de la Delfina: y poco despues habiendo

vacado la primer plaza, por muerte de la Duquesa de Richelieu quiso darsela, pero no la aceptó. La marquesa de Maintenon empleó todo el ascendiente que de día en día adquiría en el animo del rey, en persuadirle tratase con mas consideracion á su esposa, y por fin llegó á conseguirlo. Maria-Teresa reconocia públicamente, que debia el verse mejor tratada, á la amiga de su real esposo. Así es que su último suspiro lo exhaló en los brazos de la marquesa de Maintenon en 1683. El monarca gravemente afectado por aquella desgracia, exclamó sollozando: *este es el primer disgusto que me ha causado* ¡Homenaje tardío, pero sincero tributado á las preciosas cualidades, y á la virtud de la desgraciada reina que vivió casi ignorada en su mismo palacio!

Desde entonces la compañía de la antigua aya se hizo indispensable para el rey: aburrido de los placeres que habían embriagado su juventud, descansó en su edad madura al lado de la muger que la Divina Providencia habia escogido para compañera inseparable de sus últimos años: los dulces placeres de la confianza y de la amistad, le descubrieron sus tesoros abiertos á la generalidad de los hombres, y casi siempre desconocidos por los grandes y los reyes. Dichoso con haber encontrado en la marquesa de Maintenon el juicio recto, la razon ilustrada, la sumision

humilde, la virtud paciente, la resignacion cristiana, y en una palabra todas las buenas cualidades que poseia la viuda del poeta Scarron, Luis XIV pensó en elevarla á su propia altura. Este enlace puesto en duda por mucho tiempo, no puede negarse en la actualidad. Es cosa averiguada que la muger que hemos visto nacer en una carcel, guardar pavos, cuidar del corral, esposa de Scarron, viuda y amenuado sumida en la miseria y en los apuros; recibió las bendiciones nupciales en Versalles en un oratorio particular. Unos dicen que fué de manos del Arzobispo de Paris, y otros de las del Padre la Chaise. Así se unió su destino con el del hombre que habia hecho temblar y dictado leyes á toda la Europa.

Aquel enlace quedó cubierto con el mas impenetrable misterio; y el cuidado que la misma marquesa tuvo de ocultarlo, es la mejor defensa que se puede oponer á los que la acusaron de haber querido declararse reina. En nada cambió su posicion en la corte: se la veia como antes siempre sencilla, modesta, ocultarse para que los otros brillaran. No permitia á las personas que estaban en el secreto que la rindieran sus respetos en público, y así es que un día escribió al cardenal de Noailles lo que sigue: *Me tiene muy descontenta el modo con que me habeis recibido en el Arzobispado, y os digo con la confianza*

que me mereceis, que los agasajos que por todas partes me hacen, contribuyen sobre manera á lo poco que me trato con las gentes. Quisiera distingueros en esto como en todo, y es muy conveniente que me una y parezca unida á vos; pero contad con que no me vereis mas que en mi casa puesto que no me tratais con familiaridad. ¿Con que idea me habeis hecho esos cumplidos viniendome á recibir al pie de la escalera, y acompañándome al carruaje con toda vuestra servidumbre? ¿Sois por desgracia tambien uno de los adula- dores del favor, ó me juzgais acaso embriagada con él? ¿Intentais revelar mi secreto? Os hablo con toda seriedad, habeis herido mi amor propio, y me privareis del placer de volver á veros si continuais obrando asi.

¿Son estos por ventura los sentimientos de una muger dominada por la ambicion, y el ansia de los honores?

No se crea que la marquesa de Maintenon gozó de una dicha perfecta al lado de su real esposo. Las derrotas de sus ejércitos, al desorden de la hacienda, el descontento de los pueblos y la muerte cubriendo con su lúgubre sudario todos los nobles vástagos destinados á perpetuar su gloria, infundieron tan sombría tristeza en el ánimo del rey que era imposible disiparla. Qué suplicio, exclamaba la marquesa de Maintenon, tener que distraer á un hombre que ya no puede

divertirse ni distraerse. Ella tuvo que sufrir tambien los accesos de mal humor de que el rey fué atacado en su vejez: algunas veces la oyeron echar de menos su oscuridad, y expresar el deseo de verse libre del peso de las grandezas. Quisiera estar muerta, dijo un dia al conde de Auvigné, su hermano. ¿Has hecho voto de casarte con Dios padre? le respondió aquel riéndose.

Sin embargo, encontró consuelos en su piedad y buenas obras. Distribuia á los pobres todos los años de 50 á 60,000 libras. En 1694, cuando la carestia de los granos produjo la escasez, vendió un precioso aderezo y un tiro de caballos de mucho valor, para socorrer á sus pobres, á quienes ella misma visitaba personalmente distribuyendoles con el oro de la caridad palabras consoladoras; limosna para el corazon de los infortunados no menos eficaz que los socorros materiales. En fin, obtuvo permiso del rey para fundar la casa de San Cyr destinada á la educacion de las jóvenes nobles desgraciadas, y en ella fijó su residencia casi habitual, pasando la mayor parte del dia en instruir á 250 colegialas que allí se reunieron y en conversar con ellas. Cuando en 1713 los primeros síntomas alarmantes anunciaron el próximo fin del rey, la marquesa de Maintenon se retiró á San Cyr, despues de despedirse tiernamente de su esposo. *Mada siento tanto como separarme de ti* le dijo el rey,

no te he hecho feliz; pero todos los sentimientos de estimación y de amor, que mereces, los he tenido siempre contigo. La única cosa que me pesa es dejarte, mas tengo confianza que pronto nos veremos en la eternidad. Acto continuo la recomendó al duque de Orleans, y poco despues cerró los ojos á la luz.

La marquesa de Maintenon vivia en San Cyr con la pension de Luis XIV que el duque de Orleans siguió abonándole. Cuando Pedro el Grande vino á Paris, la visitó en su retiro. Recibióle estando ya enferma en cama; el Czar describió la cortina de su cama para poder examinarla mejor, y le dirigió la palabra por medio de su intérprete. La marquesa de Maintenon murió en los brazos de las hermanas de San Luis el 15 de abril de 1719. Fué enterrada en San Cyr, en un sepulcro que el duque de Noailles le hizo construir en medio del coto. El furor revolucionario que llevó su rabia impia y estraviado entusiasmo hasta las cenizas de los muertos, no respetó tampoco las de la marquesa de Maintenon, cuyo sepulcro fué destruido; pero en 1802 fué reedificado á solicitud de los directores del Pritaneo.

F. Bayeux.

Juana Gray.

A la muerte de Enrique VIII, subió al trono de Inglaterra Eduardo VI á la edad de nueve años. Fueron

Regentes durante su menoria primero el duque de Sommerset, y luego el conde de Warvich despues duque de Northumberland. Desgraciadamente el nuevo monarca falleció en la tierna edad de diez y seis años, dejando dos hermanas, Maria hija de Catalina de Aragon, é Isabel que lo era de Ana Bolena; pero ambas habian sido declaradas ilegítimas por el parlamento. Northumberland aprovechó hábilmente aquella circunstancia para dictar al jóven rey moribundo un testamento llamando á la corona á Juana Gray que acababa de unirse con Guilfort hijo del mismo Northumberland, y era nieta de Maria hermana de Enrique VIII, que se habia casado en segundas nupcias con un simple hidalgo llamado Carlos Brandon que obtuvo el título de duque de Suffolk.

En cuanto el malogrado Eduardo cerró los ojos, Juana conducida por su suegro á la torre de Londres se vió forzada á tomar el título de reina, y acto continuo fué proclamada en la ciudad con las ceremonias de costumbre como legítima sucesora del difunto Eduardo. Poco duraron aquellas alegrías: Maria que vivia retirada en Norvich reunió con admirable celeridad un ejército, y muy pronto se sobrepuso á su rival, de suerte que el mismo Northumberland que se habia puesto á la cabeza de algunas tropas se vió reducido al extremo de reconocer y proclamar á Maria como

su soberana. Así descendió la inocente Juana del s6lio á los diez dias de reinado. A Northumberland se le cort6 la cabeza en un cadalso, contentandose Maria con encarcelar á lady Gray y á su esposo; pero estallaron algunas revueltas, y no fué menester mas para que la recelosa reina se decidiese á sacrificarlos á los temores de su política. Fueron pues sentenciados ambos por crimen de alta traicion el dia 5 de Noviembre de 1553, pero no se ejecut6 la sentencia hasta el 8 de Febrero siguiente.

La muerte de Juana culpable involuntaria, á quien casi todo el mundo tenia por inocente, escit6 una compasion universal que se aumentaba al considerar su juventud y belleza. Tenia diez y siete años y vi6 aproximarse con la mayor tranquilidad la hora de su suplicio. Con todo, rehus6 dar el último adios á su esposo, temiendo que aquella dolorosa entrevista debilitase la firmeza de alma de que tanta necesidad tenia en aquel terrible trance.

Sea por su origen real, sea por evitar la indignacion de la piedad pública, Juana fue decapitada en la torre. Su talento igualaba á sus gracias, y su erudicion tiene derecho á sorprendernos atendida su juventud. Sabia el latin y el griego, y en la mañana de su muerte escribi6 en esta última lengua en una especie de librito de memoria este tierno pensamiento; *Si mi falta*

merecia castigo, por lo menos mi juventud y mi imprudencia eran dignas de excusa. Confio en que Dios y la posteridad me serán favorables.

Origen de las Estrenas

O AGUINALDOS.

El historiador mas antiguo que menciona la costumbre de los aguinaldos, dice que se introdujo en el reinado de Sabino, el cólega real de R6mulo, cuando se mezcl6 el pueblo sabino con la cuadrilla de bandidos y ladrones destinados á conquistar el universo. Por el buen augurio del nuevo año determinaron ofrecer á Tacio Sabino la verbena del bosque sagrado de la diosa Strenia. La creencia de los romanos concedia a la verbena las mismas virtudes místicas que los Druidas atribuian al gui ó muérdago de sus bosques. De aqui vino el origen de la voz estrena, *strena*; á menos que *strena*, (que los autores antiguos escriben alguna vez *strenua*), no proceda de *strenuus*, que significa bravo, magnánimo, generoso, &c. como para manifestar, dice el autor á quien seguimos, que aquellos presentes estaban destinados á personas de categoria y mérito.

Ninguna costumbre es tan duradera como la que se apoya en la religion, y esta de que hablamos desde su origen fue una idea religiosa, puesto que se coloc6 bajo la influencia protectora de la diosa.

Muy pronto la verbena del bosque sagrado pareció un aguinaldo mezquino, y se añadieron pasteles de miel, y cestas de higos y dátiles. Esta es una alegoría manifiesta. Es el símbolo del voto amistoso dirigido á los dioses para que no suceda desgracia ninguna á nuestros amigos....ibamos á decir en el día de Navidad; pero el anacronismo sería demasiado conocido. Una vez en el camino de los presentes, no es difícil adivinar que marchando la civilización debían ser de cada día mas magníficos.

Mientras los dioses fueron de madera y de barro, la miel y los dátiles podían pasar por un aguinaldo suficiente; porque ningún hombre honrado podía ser mas exigente que Saturno, Cibeles y Júpiter. Pero cuando estos mismos dioses se transformaron en ídolos de plata y oro, los sacrificios que se les ofrecieron, y las estrenas y regalos que cambiaron entre sí los parientes y amigos, tuvieron que seguir la misma progresión. Principiaron á enviarse monedas y medallas de plata, y aun de oro; mas no osaron suprimir el don emblemático de la miel y de las frutas, cuyo uso ha llegado casi intacto hasta nosotros, solo que en lugar de miel ofrecemos anises y peladillas, y por lo que hace á las frutas sigue la misma costumbre, solo que suelen añadirse algunos dulces y golosinas, lo cual lejos de ser un cambio es una mejora.

Los cumplimientos y felicitaciones de todas clases, los votos y deseos de que los dioses les concediesen las mayores alegrías en el año nuevo, acompañaban, como en la actualidad, á los regalos que se hacían. En todas las cosas lo principal es comenzar bien, pues todo depende del primer paso. Este axioma es tan antiguo como el mundo, y ya le encontramos establecido en las mas remotas sociedades á pesar de su estado de superstición. Jano el dios de dos caras, el dios del pasado y del porvenir, el dios de ayer, el dios de mañana era la divinidad á quien se ofrecían sacrificios en aquel solemne día. El pueblo en masa, vestido con trages nuevos, se reunía en el monte Tarpeyo donde aquel decano del olimpo romano tenía un altar. Esta particularidad de los vestidos nuevos debía perpetuarse hasta nuestros tiempos, pues es raro que el día de Navidad ó el primero de año haya quien deje de estrenar vestido ó sombrero nuevo.

Con el tiempo las estrenas tomaron tales proporciones, que hubiera sido muy difícil y feo intentar sustraerse á ellas, y mas feo todavía que los regalos fuesen, como sucede ahora, del grande al pequeño; sino del pequeño al poderoso. En Roma republicana los clientes atestaban de regalos los peristilos de sus patronos, y de los senadores bajo cuya inmediata protección se habían colocado. Cuando vino el

imperio todo se centralizó en el amo único, esto es, en el emperador. El pueblo entero corría á espresar sus votos y llevar sus presentes al Cesar, teniéndolo á honor y compitiendo en la importancia del regalo. Augusto, aquel gran príncipe cuya generosidad y clemencia hicieron olvidar las crueldades de Octavio, se hubiera avergonzado de apropiarse unas sumas cuyo importe nos parecería fabuloso si no atendiesemos á la vanidad de los que las ofrecían, y tomó el partido de dedicarlas á beneficio de la religión. Aquellos montones de oro se trasformaban en ídolos que adornaban los templos consagrados á los dioses protectores de Roma.

Tiberio de naturaleza sombría, misántropo, feroz, suspicaz, disimulado y cruel, odiaba sobre todo aquellas fiestas populares, en las cuales se hubiera presentado con aspecto severo y siniestramente melancólico. Aborrecía el tumulto de Roma, tanto como apreciaba la soledad y el silencio de la isla de Caprea. Así es, que en cuanto se acercaban las calendas de enero se ausentaba de la ciudad eterna, cuidándose poco de oír unas protestas de amor que no creía sinceras, y deseoso ante todo de evitar la algarazara de aquella turba que encontraba el palacio desierto, y se retiraba sin haber visto el rostro del emperador; pero dejando allí sus regalos. En Tiberio aquello no era indiferencia ó desinterés, sino ava-

ricia. Augusto no aprovechándose de ninguno de aquellos regalos, había desvirtuado la costumbre, que lejos de un obsequio era una carga en concepto de Tiberio. Además, había tomado tal incremento en Roma, que aquel día parecía una ciudad sublevada y en completa revolución. El anciano emperador no gustaba de ver tantas gentes fuera de sus casas, ni aun con el simple objeto de darse las manos y los buenos días. No saltan chispas del pedernal si no le hiere el acero; en el momento que esto sucede ya es posible un incendio. Mas claro; pareciéndole al muy prudente y muy receloso emperador peligrosos semejante agitacion y ociosidad bulliciosa, prohibió por un decreto las estrenas pasado el primer día.

Á Tiberio sombrío, y cruel; pero habil y lógico, sucedió Caligula, otro tirano no menos cruel; pero tan imprevisor como el primero desconfiado, y además avaro hasta el punto de despreciarlo todo con tal de satisfacer su insaciable sed de oro. Á sus ojos el hombre que daba debía ser siempre bien recibido: en consecuencia hizo saber al pueblo por otro edicto que el día de las calendas de enero recibiría las estrenas rehusadas por su antecesor. Y al revés del feroz Tiberio permaneció todo el día en el vestíbulo de su palacio, recibiendo á dos manos el dinero y los presentes que le traían los senadores, los caballeros y los plebeyos.

Claudio á su ascension al imperio volvió á prohibir y se negó por otro edicto á recibir las estrenas, tan de moda en los tiempos de Augusto y Calígula. Sin embargo, estaban demasiado arraigadas en las costumbres para que un simple edicto bastase para abolirlas. Continuáronse pues dando y recibiendo, y por algunas líneas de Herodiano sabemos que su uso estaba en el mayor vigor y auge en tiempo de Cómodo.

El establecimiento del cristianismo dió como era natural un golpe aunque momentaneo, á esta costumbre enteramente pagana. Como los bienes de los primeros cristianos eran comunes, no habia ninguno que fuese rico, y por consiguiente les hubiera sido difícil hacer regalos que no saliesen del fondo comun; se contentaban pues con los cumplimientos y votos de palabra. Pero aquella envidiable fraternidad tan esenta de las mezquinas y egoistas pasiones que agitan á nuestra sociedad, no podia ni debia durar mucho tiempo. Mientras el cristianismo fue perseguido y militante causó admiracion; pero la victoria y el espíritu de conquista viciaron un poco los corazones, tan desinteresados y tan heroicos hasta entonces, en cuanto la ley protegió la existencia y los esfuerzos del proselitismo de la religion revelada que debia estenderse por todo el mundo segun lo mandado por el divino Maestro.

No es pues maravilla que las estrenas, aunque de institucion pagana, pasasen á la nueva sociedad, y se trasmitiesen de generacion en generacion hasta la nuestra, como otros muchos usos que han sobrevivido á la accion corrosiva del tiempo y de las revoluciones. Mas dejando á parte lo que no nos concierne especialmente, diremos que los romanos debieron introducir en nuestra patria, lo mismo que en las demás naciones que conquistaron, esta costumbre que vió extinguirse su dominacion, pero que fue aceptada por los vencedores. Sin embargo, ningun monumento histórico nos queda de los primeros períodos de la monarquia sobre este particular, y solo encontramos algunas noticias confusas y alusivas á las estrenas en documentos posteriores al siglo XII.

Un uso tan antiguo, se ha perpetuado hasta nosotros sin solucion de continuidad, lo cual bien considerado nada tiene de extraño, apoyándose á la vez en las dos mas aviesas pasiones humanas la vanidad y la avaricia. Falta todavia decidir un punto delicado; el momento de transicion en que el donatario cambió de casta y de campo. Vimos que en un principio eran los pequeños los que daban á los grandes; en el dia por el contrario son los grandes los que dan á los pequeños, siendo una cosa difícil, sino imposible, marcar la época en que se verificó este cambio. Lo mas

probable es que sucediese cuando los pequeños no tuvieron ya nada que dar, perteneciendo al señor en toda feudalidad hasta la existencia, la libertad y el territorio.

¿Qué diablos habian de dar unos esclavos á tan miserable estado reducidos? Además que semejantes modificaciones se verifican aisladamente mucho tiempo antes de que se adopten como costumbres generales.

El régimen de 1793, suprimió momentáneamente en Francia los aguinaldos. Todo lo que podia recordar lo pasado era proscrito sobre la marcha. Es inútil decir que el imperio y la restauracion, tanto por política como por sentimiento restablecieron una costumbre, que es para el comercio un manantial de prosperidad y de fortuna. Los que dan, esto es los ricos, consideran este día como el mas incómodo y fastidioso del año; pero es preciso que las riquezas tengan tambien sus días nefastos; ¿porque sino fuera así, quien querría ser pobre? ¿Y es acaso necesario ser ricos para sufrir esta especie de apremio moral que tiene toda la fuerza de una violencia física? No ciertamente; pues en realidad todo el mundo da, si todo el mundo no recibe. Y si hay algunos que se niegan á dar, son la escepcion de la regla, los cuales pueden decir como el cardenal Dubois á su mayordomo: *Te doy por aguinaldo todo lo que me has robado en el trascurso del año.*

CARTA A LEONOR.

Te quejas, mi querida Leonor, porque te obligan á permanecer en el campo hasta despues de Navidad, y envidias mi suerte por que ya estoy en la capital. En todo esto solo comprendo que desees cambiar de sitio; y á fe mia que lo yerras pues al presente creo que es preferible estar en el campo. Aquí aun no hay diversion ninguna. Mientras vosotros teneis las cacerias que tanto contribuyen á la reunion de las gentes de buen humor. Se caza durante el día, y se baila por la noche. ¿Y luego cuentas por nada esas alegres y succulentas comidas, en que la caza muerta ó no muerta por los convidados hace el gasto principal, y esos brillantes fuegos á cuyo amor una familia entera reunida habla y se divierte? Aquí donde dicen que todo se perfecciona, no se conocen esas chimeneas colosales que en mi opinion son una de las mayores satisfacciones que se disfrutan en el campo.

Ocupar el rincon del fuego, me dirás, es á su edad de V. un placer muy natural. Tienes razon hija mia, confieso mi debilidad sin rubor, y sostengo que en una noche fria de invierno, cuando la escarcha remolinea centelleando en los cristales, y sopla un airecillo norte helado, un buen fuego en un aposento cerrado es una verdadera delicia, sobre todo si podemos disfrutarlo con

los pies sobre los morillos, un libro en la mano y arrellenadas en una magnífica butaca.

Sin embargo, aunque soy aficionada al fuego no dejo de conocer sus peligros, y para probarte la ingenuidad con que te escribo aun sobre las cosas que son de mi mayor agrado, voy á confesárteles con franqueza.

El fuego daña extraordinariamente á la frescura del cutis, y la que quiera conservarlo debe evitar el colocarse muy cerca de la chimenea, porque el calor hace subir la sangre á la cabeza, arruga el cutis y produce los granos ó pústulas llamados barros, afeccion que concluye para siempre con la hermosura de la muger que la padece.

Tambien conviene no acercarse al fuego cuando se viene de la calle, en especial si el frio es muy penetrante y tenemos sabañones en los pies ó en las manos, porque el calor produciendo una reaccion demasiado violenta, la sangre acude con fuerza hácia aquellos sitios, se hincha la piel, y resultan las inflamaciones erisipeletosas, inconveniente que no solo ocasiona sufrimientos, sino que tambien estropea y arruga las manos. Y tengo para mi que una mano bien cuidada, es uno de los signos mas positivos de la buena y distinguida educacion de una joven.

Tambien es una malisima costumbre seguir con la vista la lla-

ma que serpentea y las chispas que saltan, costumbre que tiene mucho atractivo para las gentes pensativas y misántropas; pero cuyas consecuencias son funestisimas, pues ataca los ojos, predispone á la oftalmia y á veces causa la pérdida total de la vista. Los antiguos tenían un suplicio atroz que consistia en cortar al reo los párpados y luego espenerlo al ardor del sol. Este mismo suplicio padecen sin apercibirse los que siguen atentamente los mil caprichos de la llama, pues si en el momento no es tan doloroso, porque los párpados cerrándose interrumpen el efecto y humedecen los ojos, á la larga puede producir las mismas consecuencias, es decir, la pérdida de la vista.

El estar distraidos ó pensativos cerca del fuego, trae tambien otro peligro de que estos dias he presenciado el mas triste egemplo.

Una joven amiga mia, acabado de comer se acercó á la chimenea donde brillaba un hermoso fuego. Colocada de pie enfrente de la chimenea, alargaba instintivamente ya un pie ya otro para calentarselos. Entre tanto cogió una carta de su madre que habia sobre la chimenea y se puso á leerla con la mayor atencion. De repente un calor insopor-
table y un humo que la sofocaba, le hacen advertir la dolorosa realidad. ¡Su vestido estaba ardiendo!..... Aterrada da gritos espantosos y toca la campani-

lla para llamar á los criados; pero viendo que tardan corre á la puerta y desde ella llama con tal desesperacion, que todos los criados acuden en tropel. Uno de ellos intenta extinguir el fuego oprimiendo la ropa con sus brazos; pero la doncella imprudente, aconsejada por su sobresalto abre el balcon para pedir socorro. El aire exterior reanimó el fuego, y cuando se consiguió extinguirlo la infeliz joven estaba en un estado tan deplorable, que en el momento que te escribo los facultativos que la asisten no se atreven á responder de salvarla.

¡Cuanta imprudencia se advierte en todo esto querida mia! ¡Y cuanta necesidad tenemos de acostumbrarnos en nuestra juventud á conservar nuestra serenidad en los peligros como el único medio de librarnos de ellos! Si la pobre joven de que te hablo no hubiera perdido su presencia de ánimo al ver que el fuego devoraba sus vestidos, hubiera cogido inmediatamente la alfombra que habia delante de la chimenea y envolviendose con ella de modo que quedase interrumpida la circulacion del aire, á los pocos momentos la llama, falta de alimento, se hubiera estingido, y ella se hubiera librado sin mas consecuencias que el susto y un vestido quemado; mientras que ahora su cobardia y aturdimiento acaso le cuesten la vida.

Te lo repito amiga mia, el valor es nuestra mejor salvaguardia en

todas circunstancias, y el miedo nunca produce mas que imprudencias y males. Acostúmbrate pues ahora que eres joven á tener bastante imperio sobre tí misma para considerar á sangre fria los peligros, y te aseguro que los vencerás con poca dificultad.

Pero insensiblemente me alejaba del delicioso rincon del fuego, y á la verdad que en vez de hacértelo agradable creo que no he procurado mas que mostrarte los inconvenientes. Convengo en que este es un perverso modo de servir á sus amigos, y pido humildemente perdón á la blanca chimenea delante de la cual te escribo, y de donde me voy á alejar al momento, por temor de que alguna chispa estraviada tome venganza en mi vestido del ataque que mi pluma ha dado á su terrible poder. Ya ves lo que arriesgo por tí mi querida amiga. Sigue siempre mis consejos, pues por este puedes juzgar que son los mas desinteresados del mundo.

Adios, contestame pronto, y dime el dia de tu regreso.

A. L.

Revista de Modas.

El veranillo llamado de San Martin ó de los membrillos, se ha pasado sin ofrecernos ninguna novedad importante en los pocos dias que las hermosas han podido lucir sus gracias en el Retiro y el Prado.

El tiempo ha estado por demás fastidioso, el cielo generalmente encapotado y en los pocos días que brilló el sol, un airecillo norte muy sutil y penetrante obligó á todas las elegantes á apelar á los abrigos, capas, talmas mantones &c. De estos últimos los hay riquísimos en todos los almacenes de modas, y su uso se va generalizando. También hemos visto unas capitas á la antigua española, enteramente iguales á las esclavinas que llevaba la tropa estos años pasados, y aun creemos las usen algunos regimientos. Es moda que en nuestro concepto hará fortuna por lo que tiene de militar, aunque se necesita un estudio y desenfado especial para llevarla con gracia.

En los sombreros se notan ciertas variaciones que pueden favorecer ó no, según el gusto y fisonomía de las que hayan de usarlos. Algunos continúan siendo muy abiertos de mejillas, y se llevan echados hácia atrás de modo que se descubra bien el rostro; otros por el contrario son cerrados y mas bien redondos que ovalados. De todos ellos repartiremos modelos primorosamente grabados é iluminados con nuestro próximo número. Bajo el punto de vista del buen gusto y de la distinción los sombreros cerrados y colocados con naturalidad en la cabeza, son superiores á los abiertos y echados hácia atrás, manera de llevarlos violenta y contra natural. Sin em-

bargo, hay fisonomias á las cuales no sientan enteramente bien los sombreros cerrados. Lo mismo decimos de los adornos interiores. Algunas jóvenes están lindísimas con una guirnalda de flores ó lazos en la cabeza, mientras que á otras este mismo adorno les escorza y achica la cara de un modo ridículo.

Los vestidos siguen como los sombreros y capotas el impulso de la fantasía, del capricho y del buen gusto.

Los tegidos lisos y á disposición artificial rivalizan en originalidad. Los primeros deben su éxito al arte del fabricante, los segundos al talento de las modistas que los adornan. Los tafetanes y los gros de Tours y Nápoles con volantes embellecidos con grecas ó dibujos de terciopelo negro están destinados para trages de vestir. Los *droguetes* (telas de lana y seda) de dos matices, como negro y pensamiento azul y negro, verde y negro sellaban también mucho.

Las faldas de droguete se hacen sin ningún adorno, los cuerpos se guarnecen con encage ó franja.

Los chalecos no se han abandonado del todo, y las mejores modistas siguen haciendo los cuerpos con faldetas. Sin embargo se ensayan los cuerpos redondos, las mangas huecas y algunas nuevas hechuras de vestidos como el *Leticia* y el *Bonaparte* que obtendrán grandes aplausos de los aduladores.

Para baile el estilo Luis XV conserva la supremacía, aunque intenta disputársela el estilo greco-francés embellecido por el buen gusto moderno, y no dudamos que llegue á sobreponerse á su rival atendida la maravillosa aceptación de que gozan los tisús de oro y plata. Sobre cachemira blanca, verde, negra ó púrpura el oro resalta admirablemente. Los vestidos á la griega llevan bellotas ó borlas de oro en la abertura de la manga á la sultana, y en las dos puntas de delante.

Entre las telas que el buen gusto, la actividad, y la fecunda imaginación de los fabricantes han producido para trages de baile mencionaremos las siguientes:

Gró de Tours de fondo blanco enriquecido con preciosas rositas abriéndose en medio de un follage bordado y lustroso azul celeste. Las rosas y el follage forman ramilletes.

Otra de color de rosa de Bengala, con rosas de plata y follage encarnado de China.

Otra con resplandecientes ramilletes de flores de colores y matices tan frescos y vivos que parecen naturales.

Esta disposición de flores y matices mezclados y variados hasta lo infinito hace muy buen efecto sobre fondo blanco ó negro.

A los grós siguen los tafetanes. Entre ellos hemos visto uno de fondo color de caña con volantes á rayas de oro.

Otro de color azul celeste con volantes á rayas alternadas de oro y plata.

Y por último otro de color de rosa con volantes adornados con rayas de oro y terciopelo.

Vuelven á estar en uso las cadenas cruzadas al cuello, y se llevan tan gruesas como delgadas se han llevado hasta ahora. Las pulseiras ó brazaletes para visita continúan haciéndose de oro grabado, cincelado ó esmaltado. La pedrería y los diamantes solo se usan para baile ó teatro.

El coral ha vuelto á sus mejores días, á los días del imperio, y á pesar de cuanto digan sus detractores es joya que brilla mucho por la noche, y sienta admirablemente al cutis de blancas y morenas.

Como la perfumería es una necesidad indispensable y absoluta de toda señora que aspire á cierto grado de elegancia, diremos algunas palabras sobre ella.

Para el rostro no hay nada comparable con *El agua de los Alpes*, que ya otras veces hemos recomendado á nuestras suscriptoras. Esta preciosa agua se compone y destila con las plantas aromáticas de las montañas, y tiene la propiedad de blanquear el cutis, de evitar las arrugas, de hacer desaparecer los barros y manchas encarnadas, dando al mismo tiempo á las mejillas un color sonrosado muy suave.

Para el pelo, el bálsamo de *Tannin* que tiene la virtud de evitar la caída del pelo, conservar su color y favorecer su salida.

Para el pañuelo recomendamos el extracto ó esencia de la violeta de los bosques; el perfume imperial; la miel de Constantinopla; el perfume de las bayaderas y la esencia de la mimosa ó sensitiva.

Para blanquear y suavizar las manos el jabon de pistacho ó alfónsigo y la pasta real de avellanas.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Figura 1.^a Trages de baile. Peinado en bandós huecos echados hácia atrás; un adorno de flores de guisante llena los vacios de los bandós, siguiendo sobre la cabeza la raya del pelo.

Vestido interior de raso, cuerpo escotado, y emballenado. La falda lleva delante flores de guisante de olor, la manga corta de raso, es media pulgada mas larga que la de encima.

Vestido exterior de moiré antiguo, abierto por delante en toda su estension de modo que las orillas formen ondas, un cordon de flores de guisante sigue todo el contorno del vestido, y en los hombros forma unos ramilletes que caen en los huecos de una manga corta y afollada. Esta falda forma cola, y por consiguiente debe ser dos pulgadas y media por lo menos mas larga por detrás que por delante.

Figura 2.^a Vestido de tafetan blanco con tres faldas adornadas en las orillas con afollados de tul: la de arriba lleva nueve, la del medio once y la última catorce. Sobre dichos afollados van unos lazos de cinta, la berta y las mangas llevan igual adorno.

ESPLICACION DEL PATRON.

Capa llamada Galatea.

Esta capa es una preciosa, variacion del género Talma. Para poder estampar el patron en el papel he-

mos tenido que cortarlo, pero con solo observar el modelito que va dentro del trazado, comprenderán nuestras suscriptoras á primera vista que el cuerpo debe ser de una sola pieza. Al efecto cuando hayan cortado con todo cuidado las dos piezas n.º 1.º y n.º 1.º bis las reunirán por las líneas de puntos marcadas con A. A. A. que parten desde el final de la sisa del hombro hasta la abertura de la manga.

NÚMERO 1.º Primera parte de la capa. El corte al hilo va delante.

NÚMERO 1º bis. Segunda parte de la capa con el corte al hilo por la espalda.

NÚMERO 2.º Interior de la capucha cosido al escote del cuello. La espalda al hilo, la orilla marcada con cruces se cose al escote del cuello, y la marcada con puntos en la parte marcada con los mismos en el forro de la capucha.

NÚMERO 3.º Parte inferior de la capucha cosida por el extremo marcado de B á B con círculos, en el sitio marcado del mismo modo delante.

Esta capa se hace de paño, merino ó terciopelo negro.

En las partes cortadas en escalera se colocan tiras de moiré que forman muy buen efecto. La tela se cose sobre el moiré.

La parte que forma la manga sola se cose abajo, dejando el resto libre para los brazos.

La orilla de la capucha se adorna del mismo modo con moiré al hilo.



Jules David

Imp. Lemoine

Deville

346

LE MONITEUR DE LA MODE

Rue Richelieu 92 à Paris.

Coiffures de *M^{lle} Nathalie*, fleurs de *L. Perrot Petit & C^{ie}*

Masouchoir de *Chapron*

Bijouteries en cheveux de *Lemonnier & C^{ie}*



REPRODUCTION INTERDITE

